

BOLETÍN

DE LA

REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAÍS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)

AÑO I

CUADERNO 2.º

Redacción y Admón: MUSEO DE SAN TELMO — *San Sebastián*

Víctor Hugo en Pasajes

por

Eduardo Aunós

La atracción de España, señera y temida en nuestros siglos mejores, cobra en el XIX un tono de aventura pintoresca. Los románticos no miran a lo alto de una cima cuando tratan de divisarnos, sino que fisgonean en lo que les parece un patio de vecinos gregario y empobrecido. Nos adjudican la nota de color, como disculpa a su entremetimiento y como bien modesto blasón de nuestra actualidad decimonónica. Por ello, los relatos de quienes no siempre fueron muy ilustres viajeros, se limitan a poco más que dejar caer chafarrinones sobre nuestra sufrida pandereta. Es raro hallar un extranjero de calidad, letrado o no, que durante la época romántica renuncie a llevar sus narices hasta olisquear nuestro tipismo y ofrecer su bolsa a bandolero que está deseando ver surgir de improviso, al volver de cada esquina.

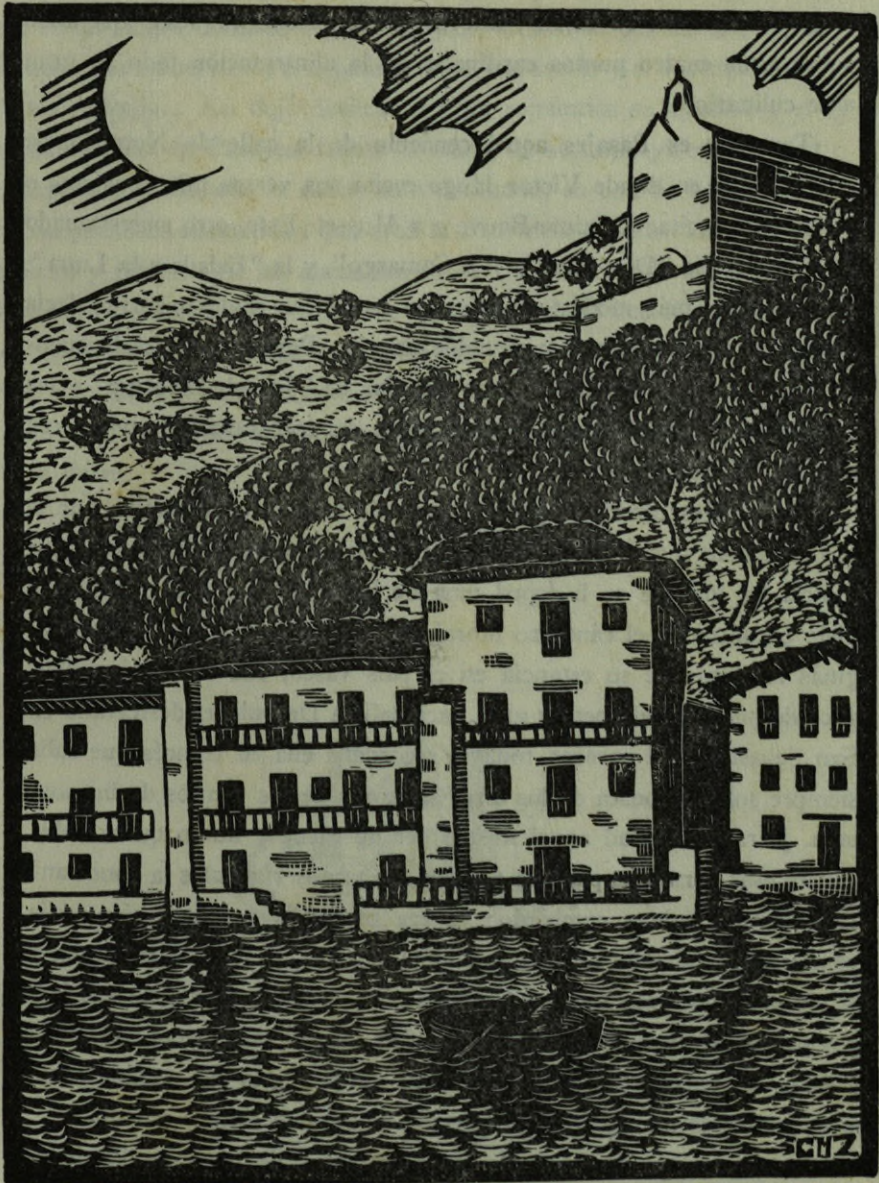
¡Con qué escasa voluntad de sana comprensión se nos viene desde entonces por la frontera la pléyade turista! Incluso del lejano confín oriental de Europa, pretenderán interpretarnos más o menos disparatadamente, y hasta el profeta de la música rusa, Glinka, llega ansioso de descubrir una conexión de su lírica popular con la nuestra, propug-

nandó lo que luego había de ser el nacionalismo musical, consiguiendo desterrador del italianismo en boga. Pero la buena fe de Glinka y de otros, se borra al lado de los fastuosos relatos de tanto como abominan de nuestros albergues, e incluso nos suponen inferiores a ellos en acicalamiento intelectual. Todos sabemos cuán poco representa ese barnizado externo a flor de piel, y qué hondo corrió siempre por las arterias del pueblo español, el sentido prócer que nuestros visitantes se empeñaron en ocultar detrás de los trabucos naranjeros, o disimulado entre los pliegues de las mantas de nuestros bandidos.

Víctor Hugo se nos acercó también, pero haciendo gala de más tacto que otros contemporáneos suyos, persuadido de que nuestro corazón no se colgaba en los riscos de las sierras andaluzas, sino que extendía por igual hasta todos los ámbitos de la piel de toro. El hombre que escribe "Hernani" se sitúa en el Norte de España, y atisba desde allí nuestra palpitación más íntima. Si el siglo no es el más propicio para nuestra exterior grandeza, la calidad sigue siendo en el fondo la misma de siempre. Víctor Hugo está en Pasajes, en una casita que se mira en el espejo parado de la bahía. Recorre el país vasco, anda por los Pirineos con hondo mirar, pero descansa en Pasajes, y al azar de este reposo, descubre prespectivas de largo alcance. Allí, junto a los hombres de mar, cerca de aquellas esbeltas bateleras que siempre se llaman *Pepa* para el poeta, no se rodea de la sociedad intelectual que constituye su propio ambiente parisiense. Como en todas partes, también en el país vasco es un inquieto andarín, y en los contornos del *Moulin de Beurre* logra descubrir aquellos:

"vagues violons de la mère Saguet"

a donde lo arrastrará su hermano Abel, que en rigor había sido el primero en ir a comer bajo la fresca fronda, los pollos asados y rociados con salsa picante por la buena "mère Saguet". Con los hermanos Hugo, llegó hasta París la popularidad del campestre refugio, y allí se vió desfilar a los pintores y escultores del romanticismo francés: David,



CASA DE VÍCTOR HUGO EN PASAJES

Louis Boulanger, los hermanos Deveria. Toda la despensa de la *mère* Saguet estaba en su corral; huevos, pollos, leche y queso, apoyando sobre estos cuatro puntos cardinales de la alimentación todo su gran arte culinario.

Tampoco es Pasajes aquel cenáculo de la calle de Notre-Dame des Champs en donde Víctor Hugo recita sus versos más recientes o se los hace recitar a Sainte-Beuve o a Musset. Este, otro sugestionado de España, leía "Don Paez", "La Camargo", y la "Balada a la Luna". Sainte-Beuve, más modesto, pedía que se hiciese ruido mientras decía sus versos con voz inundada de noble emoción. Pero nadie chistaba cuando se hacían escuchar las sonoras estrofas de "Joseph Delorme" y las admirables "Consolaciones" del patriarca del romanticismo que ya era entonces Víctor Hugo.

En Pasajes carecía el gran literato de la asistencia poética que le brindaban sus seguidores, y sin embargo allí vivió más poéticamente que nunca. La hija de su huésped, una de las muchas Pepas que por lo visto encontró en el cántabro litoral, y a la que inmortalizó en las páginas relatoras de su estancia en el país vasco, fué visitada muchos años después por el poeta y gran nacionalista Deroulede, desterrado en San Sebastián. Al parecer, todavía recordaba ella, al francés que salía siempre solo, en busca de los aires salinos y de los vientos de la montaña. ¿Era de verdad aquel mismo ser de carne y hueso quien había escrito esas hermosas páginas por las que tantos visitantes la conocían? Los tiempos habían cambiado; ya era mayor, y entonces sólo tenía veinte años, "el talle esbelto, la silueta flexible, la mano bien hecha y el pie pequeño, cosa rara en Guipúzcoa"... Cuando volvía de sus largos paseos, el francés se ponía a escribir interminablemente sobre ella y sobre ese paisaje tan armoniosamente verde y gris que recogía como si se tratase de un espejo la proyección de su vida clara y sencilla.

Se hizo amigo de Pepa, de los pescadores, de las forzudas bate-
leras, y de aquel barbero nacido en Aquisgrán, enrolado por Napoleón

en la *Grand' Armée*, prisionero en España y casado en Guipúzcoa, con lo que logró dominar cuatro lenguas; el alemán por su origen; el francés, por su servicio; el español por su cautiverio y el vascuence por su matrimonio... Así dejó deslizarse el gran romántico su apacible y risueña estancia en Pasajes, frente al mar y la serranía pirenaica, cara a España y a Francia, es decir, ante el mundo, en una de las mejores encrucijadas de humanidad que creó la Providencia para maravilla del espíritu y remanso de las almas sensibles. Un día, cuando los hombres se cansen de batallar y de odiarse entre sí, cuando decidan afinar su percepción captando otras más altas trayectorias ideales, no tendrán más remedio que volver como romeros enfervorizados a estos gratos lugares, donde se dieron cita los siglos mejores y los mejores ingenios de la tierra.

